
Elizabeth Manley, *The Paradox of Paternalism: Women and the Politics of Authoritarianism in the Dominican Republic*. Gainesville: University Press of Florida, 2017. Pp. 319.

¿Cuál es la paradoja que descubre Manley al escudriñar la historia del autoritarismo en la República Dominicana? Manley postula que los dictadores Trujillo (1930-1961) y Balaguer (en sus doce años, 1966-1978) reforzaron los valores patriarcales arraigados en la sociedad dominicana, a la vez que abrieron espacios para roles femeninos consciente o inconscientemente subversivos. Ante esta contradicción aparente, la historiadora nos pregunta: ¿cómo pueden las dictaduras conducir a la apertura democrática y a la equidad de género?

Durante estos regímenes, las mujeres dominicanas de clase media y alta se comprometieron con el Estado como actores políticos legítimos y fidedignos, en línea con una trayectoria liberal del siglo XIX plasmada en las reformas educativas y reforzada durante los años de la primera ocupación militar estadounidense (1916-1924). Las personalidades políticas femeninas manejaron un discurso moralizante y maternalista, resaltando los deberes cívicos de las mujeres como mediadoras de la paz y guardianas de la integridad nacional. Tanto Trujillo como Balaguer supieron apropiarse del discurso feminista patriótico para satisfacer sus necesidades de propaganda local, populista e internacional. La investigación de Manley pide que el registro histórico no cierre sus páginas en

ese punto, sino que insista en indagar sobre las actividades de las mujeres en apoyo u oposición a estos regímenes. La historiadora reconoce el gran valor de dichas actividades pues sirvieron para definir parcialmente los límites del gobierno autoritario y las posibilidades de inclusión democrática.

En el primer capítulo, la autora rastrea el movimiento feminista dominicano de principios del siglo XX. Ese grupo dio prioridad al mayor acceso a la educación de las mujeres y a la defensa de la soberanía nacional antes que exigir el sufragio. Los fuertes vínculos internacionales que establecieron estas mujeres urbanas letradas demostraron ser vitales para la legitimidad del grupo, pero, con el tiempo, esos enlaces se convirtieron en un arma de doble filo. Las feministas dominicanas se unieron a Doris Stevens y a la Comisión Interamericana de Mujeres en la lucha hemisférica por el sufragio femenino y la igualdad de derechos. Trujillo, obsesionado con la publicidad en los medios extranjeros, aprovechó estas redes panamericanas durante la campaña presidencial de 1942 para incorporar a algunas feministas locales (notables por sus conexiones en el extranjero y en el país).

Como señala Manley en su segundo capítulo, existe una profunda ironía en la obtención de derechos políticos dentro de una dictadura (58). De hecho, una vez que las feministas militantes respaldaron a Trujillo como líder progresista y democrático («el Presidente Feminista»), el discurso del régimen volvió a colocar a las mujeres en su puesto como las tiernas defensoras de la Familia, la Iglesia y el Estado. Las mujeres que habían hecho campaña por la igualdad fueron relegadas a papeles decorativos dentro del aparato administrativo (dentro de la Sección Femenina del Partido Dominicano), donde debieron dedicarse a repetir las ideas de anticomunismo, estabilidad política y cohesión nacional propias de la ideología trujillista.

El capítulo 3 analiza los grupos de resistencia de los años cuarenta y cincuenta, con el propósito explícito de ampliar el elenco de personajes en oposición al dictador más allá de las

hermanas Mirabal. Manley se centra en otras activistas que cuestionaron el feminismo trujillista y denunciaron la intrusión violenta del régimen en la vida cotidiana. Estas mujeres, muchas de ellas exiliadas, expresaron su alarma ante la multitud de crímenes que se estaban cometiendo en nombre de la estabilidad política y del anticomunismo. Sus protestas hicieron añicos la ilusión de las «protecciones de género» del hogar y la familia (119), mientras el régimen entraba en un frenesí de destrucción. Incluso los acérrimos defensores de Trujillo en Washington y el Vaticano retiraron su apoyo, lo cual abrió el espacio para el ajusticiamiento en mayo de 1961.

Los años de caos subsiguientes, cubiertos en el Capítulo 4, retumbaron con los llamados a la restauración de la moralidad y la paz socavadas por la dictadura. Una vez más, esta pesada carga de saneamiento moral cayó sobre las mujeres, quienes deberían llevar la patria hacia nuevos rumbos. Manley describe el amplio espectro del activismo de las mujeres en búsqueda de justicia y libertad durante esta difícil transición. En ese momento, la pregunta central para las mujeres dominicanas que querían comprometerse con el estado era si la retórica maternalista podía servir no solo como bálsamo curativo, sino también como catalizador de la equidad política en una democracia naciente.

Los capítulos dedicados a la administración de Balaguer contienen las contribuciones más significativas de Manley a la historiografía dominicana. El trayecto de la dictadura a la guerra civil y la invasión estadounidense condujo a otro régimen autoritario donde las mujeres debían ocupar sus «espacios públicos aparentemente apropiados» (157). Balaguer, artífice y heredero directo de la ideología trujillista, pidió que las mujeres sirvieran en el plano simbólico como «vehículos de conciliación» y en el ámbito cotidiano como enlaces prácticos para el mecenazgo clientelista. Una vez más, la paradoja del paternalismo legitimó a las mujeres como valiosos actores políticos y como vínculos dentro de las redes internacionales, al mismo tiempo que las reclutaba como soldados de infantería obedientes para la continuidad conservadora.

El capítulo 5 contiene muchos aspectos previamente inexplorados de lo que podría denominarse feminismo dominicano de segunda ola. En un primer plano, se examina cómo las directrices internacionales de planificación familiar movilizaron a los grupos de mujeres locales en torno a cuestiones de derechos reproductivos y familiares. Estos grupos crearon colaboraciones innovadoras entre partidos y clases que luego forjaron una legislación innovadora y unos vínculos institucionales relativamente duraderos. En segundo lugar, vemos cómo una nueva generación de feministas dominicanas abrazó la identidad materna previamente adoptada por las mujeres trujillistas, rechazó la afirmación del predominio patriarcal y cuestionó el machismo generalizado de la izquierda. Por último, la autora detalla cómo el panorama sociopolítico promovió una gama más amplia de participantes, desde las cabezas de familia de clase trabajadora en entornos rurales y urbanos, hasta las profesoras universitarias, viudas de disidentes y guerrilleras curtidas en las trincheras de 1965.

El libro de Manley nos brinda una visión profunda y equilibrada del feminismo dominicano del siglo XX, un movimiento heterogéneo, no siempre representativo de la sociedad dominicana e informado por las corrientes internacionales, pero consciente de sus propias limitaciones. Manley concluye que las luchas - abiertas o secretas - de las feministas dominicanas reflejan un alto grado de agencia femenina, aun dentro de los contextos autoritarios en que ocurrieron.